

RUTA

EXPLORADORES OLVIDADOS



PARTE 2:

LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

La Gran Biblioteca fundada en el siglo III a.C. es un mito de la Antigüedad cuya existencia como centro del conocimiento universal y 900.000 volúmenes de papiros nos ha llegado por referencias indirectas; pero lo que quizá sea más famoso que la propia existencia de la biblioteca sea su destrucción, imputada recíprocamente por cristianos y musulmanes como una de esas grandes culpas que se hunden en el pasado de los mitos y las leyendas. **MIQUEL SILVESTRE**



En realidad, puede decirse que la Biblioteca se destruyó varias veces, varias veces se reconstruyó y que si hoy no existe ningún recuerdo de ella se debe más a los terremotos y la desidia que a la intolerancia. Parece que sí está claro que uno de los primeros destructores fue Julio César, pero también que cada sucesivo conquistador de la ciudad destruía una biblioteca fénix, que siempre parecía renacer de sus cenizas. Lo que también está demostrado es que cuando fue conquistada por los árabes en el siglo VII, el comandante de las tropas musulmanas pidió instrucciones al Califa Umar Ibn al Jatabb y que éste le respondió que si los volúmenes de la Biblioteca eran acordes con el Corán, resultaban innecesarios porque lo repiten, y que si no eran acordes con el Corán, entonces no debían ser conservados. El fuego ardió durante semanas.

La Moderna Biblioteca, auspiciada por la UNESCO para rememorar la mitológica, se inauguró en 1996. Su parte trasera se asoma a la Corniche. Vista desde ahí más parece una discoteca de verano. La fachada convexa aparece grabada con símbolos que imitan los jeroglíficos del antiguo Egipto y está rodeada por un estanque azul donde un empleado chapotea limpiando el fondo de todos los desperdicios que el aire arroja. Una garita aloja a dos aburridos policías vestidos de blanco. Subo las escaleras que dan a una explanada con una enorme esfera de cemento. Su simbolismo se me escapa. Hay muchos jóvenes estudiantes de ambos sexos entrando y saliendo. También muchos turistas árabes. Se les distingue porque estos últimos se hacen fotos. Las mujeres llevan hiyab en una proporción aproximada del 70 %. Occidentales hay bastante pocos y los que veo parecen estar trabajando en algún proyecto de investigación. Tienen ese aire despistado y desgarrado de quien pasa la vida entre legajos y papeles. La entrada cuesta diez libras, al menos para los extranjeros. Debo superar un control de seguridad que resulta más estricto al salir que al entrar, por eso de que nadie se lleve un libro.

Lo primero que sorprende del interior de la biblioteca es su limpieza y su vanguardista diseño. Todo reluce, está limpio, es silencioso y muy moderno. Diablos, me digo, parece que esta gente es capaz de hacer las cosas bien si quieren. ¿Cuál es la razón para que su biblioteca sea perfectamente comparable a una europea o norteamericana en materia de orden e higiene? Basta echar una mirada fuera de los muros de este oasis para pensar que los egipcios son absolutamente incapaces de concebir otra cosa que no sea el caos, el ruido y la suciedad. Pero paseando por este equilibrado universo bibliotecario, donde el espacio y el tiempo guardan una delicada y bella armonía, uno acaba por pensar aun peor. Como cualquier ser humano civilizado, ellos saben distinguir

y apreciar perfectamente la limpieza, la tranquilidad y la paz, pero es como si no estuvieran dispuestos a colaborar lo más mínimo en que eso se instale en los terrenos comunes, quizá debido a un atroz individualismo y al fracaso de la administración pública. ¿Para qué voy a tirar la basura en una papelera si mi vecino la tira en la calle? ¿Para qué sufragar servicios municipales de limpieza si no es una demanda social imperiosa? Pues nada, parecen pensar los egipcios y sus gobernantes, todos a tirar la basura a la calle aunque nos hundamos en la más venenosa inmundicia.





Este edificio costó la fastuosa cifra de 230 millones de dólares. Conociendo el burocrático sistema egipcio de los bakshish y mordidas, es fácil imaginar a dónde fue gran parte de ese dinero. Diseñada por un estudio sueco, la biblioteca es luminosa, funcional y bella. Su construcción obedece a un criterio lógico, racional. Consta de once niveles, una sala hipóstila sostenida por espigadas columnas y un calmo estanque en el exterior. Sus muros se ofrecen al sol que viene del mar y la luz se filtra suavemente a través de vidrieras. Los anaqueles y mesas de lectura se organizan en diferentes niveles que van creciendo en altura según nos alejamos del origen de la luminosidad, a todos ellos les llega su ración solar justa.

En el nivel central hay una explanada con esculturas y una curiosa puerta de pulido mármol negro. En el dintel hay una inscripción en árabe, francés e inglés. "From knowledge to wisdom". Del conocimiento a la sabiduría. Bonita sentencia. Pero el portón no hay magia alguna. Lo cruzo esperando recibir algún benéfico influjo de conocimiento, pero cuando traspaso el umbral me reconozco igual de estúpido que antes.

Se supone que la nueva Biblioteca de Alejandría puede acoger 20 millones de libros aunque todavía hoy es un cascarón bastante vacío. Apenas ronda los 200.000 vo-

lúmenes, procedentes en su mayoría de donaciones. Probablemente no se llene nunca. Pero eso qué importa si el edificio existe, el dinero se gastó, la ceremonia de inauguración se celebró con tres reinas presentes, y los jóvenes alejandrinos pueden actualizar en los ordenadores sus perfiles de Facebook e Instagram. Este templo majestuoso a la vaciedad cultural es una metáfora perfecta. La moderna biblioteca es la deconstrucción total. La no-biblioteca. El antialeph. No hace falta pues que ningún Cesar o Ibn al Jatabb ordenen su devastación porque no hay nada más para devastar que carísimo aire posmoderno. Eso sí, de racional y lógico diseño sueco.

Entre los anaqueles descubro algunos libros en castellano, como *Juanita la Larga de Valera*, un título hoy carente de interés salvo para estudiosos de la literatura española de 2ª división, de los cuales no creo haya muchos en Alejandría. Otro título me hace más gracia, es un tratado sobre el latín erótico. Sin desanimarme, investigo sobre mis exploradores en el sistema infor-





mático del archivo. No hay ninguna referencia directa a Pedro Páez, pero sí un par de libros sobre viajes a las fuentes del Nilo. Uno es de 1905, escrito por un médico apellidado Hayes y otro de 1925, firmado por Rosita Forbes, una viajera pija anglosajona. Se los solicito a una amable empleada y me dirige a la sección de libros antiguos y colecciones especiales. Allí otro empleado me los localiza. Los deposita en una larga mesa de trabajo. Husmeo entre sus viejas páginas. El de Forbes es un relato menor escrito por una niña bien que posa orgullosa en pantalones de explorador para el fotógrafo. Está lleno de anécdotas y reivindicaciones feministas, como cuando en Etiopía no la dejan entrar en una iglesia consagrada a la Virgen. "¿Cómo puede ser que las mujeres tengan vetado el ingreso en un templo dedicado a una mujer?" le pregunta Forbes al sacerdote. "Es la ley", contesta éste. "Ya", replica ella, "pero ¿y si se presentara la propia Virgen y quisiera entrar en su templo?". El hombre rió lo que entendió por un chiste

y contestó que, obviamente, ella podría entrar siempre que antes la reconocieran.

El texto de Hayes, anterior en 20 años al de Forbes es mucho más sólido en información y trabajo histórico. Documentado, el autor sí cita a Pedro Páez (Peter Páez), a diferencia de lo que hizo Rosita Forbes, que parece considerarse a sí misma como la auténtica pionera en Etiopía. También cita al escocés James Bruce como fuente. En cualquier caso, en el texto dedicado a Páez no hay ninguna referencia a su descubrimiento de las fuentes del Nilo azul sino a su labor como misionero, a su buen natural, a su dominio de lenguas y a la alta estima en que le tenía el emperador etíope, a quien convirtió al catolicismo y de quien se hizo guía espiritual y confesor. El escrito es breve y objetivo, como casi todo en el libro. En cualquier caso, para mí supone un agradable descubrimiento haber topado con esta referencia a mi explorador nada menos que en la Biblioteca de Alejandría. Y es que aunque esto no es más que un cascarón vacío, uno no deja de ser un fetichista. ■

